

**Eugenia Scarzanella, *Abril. Da Perón a Videla: un editore italiano a Buenos Aires*, Nova Delphi, Roma, 2013.**

A partir de septiembre de 1938, el régimen fascista promulgó una serie de leyes cuya finalidad era discriminar y perjudicar, tanto en lo profesional, como en lo personal, a la comunidad hebrea. Según los datos del censo de población que había sido llevado a cabo adrede, los hebreos residentes en Italia eran 58.412; de éstos, 10.380, siendo de origen extranjero, fueron obligados a abandonar el país; de los demás, solamente una minoría pudo o quiso refugiarse en el extranjero. El ensayo de Eugenia Scarzanella, *Abril. Da Perón a Videla: un editore italiano a Buenos Aires*, recientemente editado por Nova Delphi, recorre las vicisitudes del empresario hebreo Cesare Civita, el cual, partiendo de Milán en 1939, y tras un largo peregrinar por Francia, Bélgica y Estados Unidos, arribó a Buenos Aires en 1941, ciudad en la que más tarde fundaría la editorial Abril. Una elección análoga a la que condujo al economista Antonello Gerbi a Perú, país del que volvió después de la guerra como autor de algunos de los más importantes estudios históricos sobre América Latina, como *La disputa del Nuevo Mundo*; o similar también a la de la profesora turinesa Girogina Levi, futura diputada de la República italiana, la cual se trasladó a Bolivia, donde vivió siete años, como nos cuenta en su libro de memorias *Avrei capovolto le montagne*.

En los casos mencionados, una vez terminado el conflicto mundial, los exiliados regresaron a Italia y aquí volvieron a su vida anterior. Cesare Civita, sin embargo, se afincó en Argentina y llegó a ser un personaje central de la vida de la capital sudamericana. El excelente ensayo que Eugenia Scarzella le dedica, valiéndose, además de sus memorias, de un articulado y denso abanico de documentos hallados en los archivos italianos y argentinos, amén de numerosas fuentes orales, va más allá de los límites de un estudio biográfico, ya que, partiendo de la vivencia del editor, va delineando la historia de Argentina desde 1940 hasta finales de los años 70. En este contexto, en donde la situación argentina, la italiana y la internacional, se mantienen firmemente relacionadas, el hilo conductor de la historia personal de Cesare Civita supone el gozne alrededor del cual giran tanto la descripción del ambiente de la inmigración europea como la del desarrollo industrial y de la cultura, sin olvidar las injerencias de la política en el delicado sector de la información, ni la degeneración de las relaciones empresariales y personales a través de la corrupción de la misma. Todas estas temáticas, abordadas desde su interno, esto es, desde los mecanismos que las

desencadenan y del papel que los protagonistas desarrollan en ellas, se recomponen armoniosamente dentro del amplio panorama, ofreciendo al lector motivos y estímulos para ahondar en los argumentos, tal y como sucede con los numerosos personajes que entran en escena, cuyos destinos se entrelazan con los de otras personas, de las cuales se intuye la riqueza de sus vidas. Me estoy refiriendo a las varias figuras de intelectuales, artistas, periodistas, agitadores políticos, sindicalistas y refugiados, citados solamente en función del contexto, por motivos obvios, pero de los cuales se advierte la complejidad histórica. La autora dedica también una atención nada superficial a la realidad femenina, tanto a la que trata de las primeras periodistas que logran ejercer una profesión que siempre había despertado desconfianza, como a la que se deduce de la imagen que las revistas femeninas ofrecen a sus lectoras, interpretando los cambios de gusto y ofreciéndoles un modelo concebido como más moderno sobre el que basarse. Todas estas características vuelven la obra de Eugenia Scarzanella un ensayo de “historia total”, en donde el elemento humano se introduce en una tupida trama de acontecimientos políticos, sociales y económicos, sin perder jamás su rol de actor partícipe de un proceso de larga duración. A este punto, bien merecería sintetizar su contenido.

Fueron varios los factores personales y económicos que determinaron la decisión de Cesare Civita de afincarse en Argentina y que Eugenia Scarzanella analiza en su ensayo. Perteneciendo a una familia que había permanecido durante bastante tiempo en los EE.UU., pudo contar con la ayuda de conocidos en aquel país, al cual se trasladó en un primer momento, antes de partir más tarde hacia Argentina, después de haber verificado que en este otro país el sector editorial estaba en plena expansión. También pudo contar con una competencia específica adquirida en varias editoriales de Milán, lo que le permitió llegar al cargo de codirector general de la grande editorial Mondadori. Además, contó también con la propiedad de permisos otorgados por Disney, con un capital en contante que logró sacar de Italia de un modo algo azaroso. Pese a que la opinión pública argentina fuera en la época poco propicia para con los refugiados hebreos, especialmente los llamados *rusos*, los hebreos asquenazíes, el recién llegado pudo contar con la red de solidaridad que constituyeron los mil emigrantes hebreos italianos residentes en Buenos Aires y en el cercano Montevideo. Así fue como el día 21 de noviembre de 1941, junto con los amigos Alberto Levi, Paolo Terni y Emanuele Diena, Cesare Civita fundó la sociedad que dio lugar a la *Editorial Abril*. En breve tiempo, la editorial fue punto de referencia no solamente para los hebreos, sino también para todos aquellos quienes, ya fueran intelectuales italianos antifascistas, refugiados republicanos

españoles o argentinos contrarios a los varios regímenes dictatoriales, no podían ejercer libremente su profesión. Por otro lado, los mismos fundadores de Abril se incorporaron a la nueva asociación *Italia Libera Unita*, fundada en 1943 con la intención de no discriminar a los comunistas (en aquel entonces ocupados en formar un frente antifascista unitario contra el nazifascismo y especialmente activos en Argentina, quizá por la presencia del dirigente italiano Vittorio Codovilla), justo mientras la política argentina, tras el golpe de estado de octubre de 1943 llevado a cabo por el general Pedro Pablo Ramírez, viraba claramente hacia la derecha, con conceptos filonazi y antisemitas.

La mayoría de los refugiados italianos adoptó desde el principio una postura antiperonista, cuando, ya en 1943, la figura de Juan Perón fue adquiriendo cada vez más importancia en la escena política nacional. Mientras esto sucedía, entre los años 1941 y 1944, Abril empezó su actividad editorial lanzando las colecciones “Pequeños Grandes Libros” (PGL), dedicada a los niños, obteniendo enseguida un gran éxito; “Guerra y Paz”, de la que se ocupaba Gino Germani, destinada a los adultos, y a la que siguiera después, “Ciencia y Sociedad”, cuya dirección se ofreció también al mismo estudioso, tras ser despedido del Ministerio de Agricultura; también el gran dibujante rumano, Saul Steinberg (1914-1999), que Civita intentara en vano hacer llegar a Buenos Aires, entró a formar parte de los colaboradores. En 1944, gracias a los acuerdos con Disney, Abril editó los primeros ejemplares de *El Pato Donald*, obteniendo un éxito inmediato. La actividad articulada de la editorial garantizó un buen resultado económico a sus fundadores, pero también significó un dilatarse de los contratos entre la editorial y los intelectuales antifascistas que habían llegado al país. Es imposible intentar nombrar aquí -además de las ya mencionadas- a todas las personalidades que se movían en la órbita de la editorial o que, tras fijar su residencia en Buenos Aires, avivaron la vida cultural de la capital argentina, tal y como se puede leer en la vivaz reconstrucción de Eugenia Scarzanella. Quizá sea suficiente recordar, entre otras, la presencia de intelectuales como Margherita Sarfatti, Renato Treves, Rodolfo Mondolfo, Bonaventura Terracini y Arrigo Levi. En 1945, al finalizar la guerra mundial, la definitiva victoria de Perón supuso un control de la prensa más atento, si bien enmarcada en una actitud de mayor apertura para con la comunidad hebrea. Argentina, siendo un país próspero en aquella época, seguía ofreciéndole a la empresa de Cesare Civita la posibilidad de desarrollarse, oportunidad que el editor supo aprovechar, importando hombre y tecnologías desde Italia, país que, en la difícil posguerra, también buscaba en el extranjero oportunidades de trabajo y de ganancias. Abril, que desde sus inicios, como indica la autora, había podido contar con un “capital social”, formado gracias a los entrelazamientos de relaciones

personales de su fundador, pasaba a ser un más amplio “capital étnico”, como resultó evidente en ocasión de su participación en la feria del libro de 1947, organizada por el primer embajador italiano en Argentina de la posguerra, Giustino Arpesani.

La reanudación de contactos con el mundo editorial italiano durante el primer período de posguerra se concretó, entre otras cosas, mediante la importación de títulos y materiales usados para las nuevas revistas argentinas de entretenimiento, como *Salgari* y *Misterix*, ambas de 1947. En 1948, se empezó a publicar *Idilio*, una fotonovela inspirada en las publicaciones análogas italianas que habían sido creadas recientemente, como *Bolero* y *Grand Hotel*, destinada sobre todo a un público femenino, creando historias de amores románticos y problemáticos. Gracias a la fotonovela y a las historietas ilustradas, como señala Eugenia Scarzanella, muchos artistas argentinos e italianos recién emigrados, interesados en la pintura, la fotografía, el cine o la escritura, encontraron una ocupación que no se alejaba mucho de sus intereses. En la revista se afrontaban argumentos de amor, sexo y psicoanálisis, pero nunca de política, con la excepción -por evidentes razones de oportunidad- del bienio 1950-1952, durante el cual se documentaron en el periódico la enfermedad y la muerte de Evita Perón. En el mismo período, a partir de 1949, Abril lanzó la revista *Rayo Rojo*, seguramente su experimento más interesante y moderno. La redacción estaba formada tanto por los familiares de Cesare Civita (su esposa, Mina Consolo, y su hija Adriana), como por una nueva generación de hebreos italianos y jóvenes talentos, sobre todo mujeres. El ambiente de trabajo era abierto, culto, estimulante e informal, y daba amplio espacio a la creatividad. Tan amplio, que hasta se hizo llegar a Buenos Aires al grupo de dibujantes venecianos formado por Sergio Tarquinio, Hugo Pratt, Mario Faustini y Alberto Ongaro. La política empresarial de Abril se basaba en la diversificación de los productos ofertados, tanto en el sector de las revistas (en 1950 se publicaron *Cinemisterio*, una revista de cine, y *Nocturno*, una fotonovela mensual), como en el de las publicaciones más laboriosas, dotadas de una fuerte connotación político-social, como la de las biografías históricas y las enciclopedias por fascículos (imitando algunos editores que ya lo habían hecho en Italia), pasando por la literatura infantil, publicada en la colección *Gatito*, y por la revista de ciencia ficción *Más allá*, dirigida por su yerno Giorgio De Angeli e inspirada en la colección *Urania* editada en Italia por Mondadori. Diversificar las ofertas no solamente servía para esquivar las redes de la censura peronista, o para contrastar la competencia, sino también para salvar el escollo del abastecimiento de papel (cuya producción y distribución estaban controladas por el gobierno) y agilizar la distribución, de la que, en gran parte, se encargaban los quioscos de prensa.

Pese a ello, la valoración de la creatividad y la innovación nunca fueron sacrificadas ante tales exigencias, incluso cuando *Más allá* fue obligada, en 1957, a suspender las publicaciones por falta de lectores. Esto lo prueba el hecho de que, en ese mismo año, se lanzó la nueva revista semanal femenina *Claudia*.

Eugenia Scarzanella dedica amplio espacio a esta revista que supuso un hito en el cambio de los gustos, de la realidad social y de la cultura en la época del llamado “desarrollismo”, que, después del exilio de Perón (1955), caracterizó la presidencia de Frondizi (1958-1962). En este contexto, la nueva revista se impuso en el mercado como un producto moderno, con un aspecto gráfico y una fotografía cautivadores, que se abría a las problemáticas internacionales, atento a las exigencias de los consumidores, y destinado a mujeres de la media burguesía. Para sostener estos objetivos y mantener los precios bajos, Abril creó una distribuidora, ofreció espacios cada vez más amplios a la publicidad e inventó todo tipo de objetos de regalo para fidelizar a los lectores. No obstante el progresivo deteriorarse del panorama político, que condujo a la dictadura militar del general Juan Carlos Onganía (1966-1970), *Claudia* no sólo mantuvo sus características originales, sino que también supo estar al compás de los tiempos, sobre todo gracias al trabajo de las mujeres, en primer lugar el de la misma esposa de Civita, experta de moda, y el de la hija Adriana, que, en sus artículos, adoptó un lenguaje coloquial y simple, tomando como modelo a la periodista italiana Oriana Fallaci. Madre e hija, junto a las demás redactoras, se volvieron intérpretes de los cambios que estaban aconteciendo en el universo femenino (la sexualidad, la vida en pareja, el psicoanálisis, las nuevas profesiones a las que empezaban a acceder las mujeres, como la de médico o de policía) y en las nuevas generaciones, portadoras de una voluntad de cambio radical de la sociedad. A pesar de ello, la paulatina involución de la ordenación política, que se tradujo en una visión provinciana y beata de la realidad, puso freno a otras iniciativas de Abril. *Adán*, una nueva revista destinada al público masculino, en la cual se mezclaban de modo inconexo figuras femeninas insinuantes, pero púdicas, con artículos de gran calidad (en su primer número colaboró Rodolfo Walsh), no logró hacer mella en los lectores; así, dada la constricción de los límites impuestos por la censura, tuvo que cerrar.

En este contexto tan activo, Abril compró su propia imprenta y, en 1963, lanzó *Panorama*, una nueva revista mensual (pronto pasaría a ser semanal) que, reflejando la tipología del estadounidense *Time*, llegó a ser el primer magacín de actualidad argentino en distinguirse por la rapidez y lo completo de la información. Las noticias se enviaban directamente desde las

redacciones en el extranjero e iban acompañadas por óptimas fotografías y los redactores se inspiraban en el periodismo moderno de Truman Capote y de Norman Mailer. *Panorama* fue la primera revista de América Latina que documentó el asesinato del presidente Kennedy y que tomó en consideración el fenómeno de la guerrilla que se estaba difundiendo por América Latina, a partir de la revolución cubana. Un año después de la salida de *Panorama*, Abril publicó otro magacín de información, *Siete días ilustrados*, destinado a un público más popular. Mientras la editorial prosperaba hasta el punto de tener que ampliar los espacios de su sede, la situación personal de Cesare Civita se volvía cada vez más difícil, ya que estaba acusado, por una parte, de ser connivente con los rebeldes y, por otra, de acatar y allanarse al poder político de los militares. Poco tiempo después de haber intervenido personalmente en la revista para explicar sus razones, Civita vivió la aflicción del secuestro del nieto, el hijo de Adriana, acaecido en 1968.

En efecto, como lo destaca Eugenia Scarzanella, la guerrilla y el influjo de la revolución cubana, en el contexto de un país que desde 1966 vivía bajo un régimen autoritario, desde principios de los años 70 empujaron a muchos de los colaboradores de la misma editorial a incorporarse a organizaciones armadas, como el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y los *montoneros*. La editorial tuvo que componérselas entre las varias tendencias políticas, teniendo también que llegar a acomodamientos para sobrevivir. En 1973, enalteció al “gobierno de la liberación”, mas, dos años después, Cesare Civita se tuvo que alejar de Argentina y se dirigió a Brasil, donde quiso continuar su actividad, en vano, y donde, ya desde los años cuarenta y bajo la dirección de su hermano Vittorio, la editorial Abril se había asentado con éxito. Vista la situación, se arriesgó a dar un paso que le garantizaría la continuidad de su actividad: tomando acuerdos, aceptó la participación de capital norteamericano en la filial mejicana, que pasó a ser la Mex-Abril. La apertura al capital extranjero ya había sido actuada mediante el acuerdo firmado en 1970 con la editorial italiana Rizzoli, que sirvió para renovar la producción. Resultado de la colaboración fueron la edición de la *Enciclopedia Geográfica de la Argentina* y, sobre todo, la *Historia de América Latina* dirigida por José Luis Romero, obra innovadora por su postura no nacionalista, a la cual siguió la producción de audiovisuales.

La parábola descendiente de la editorial Abril había tenido su inicio, precisa Eugenia Scarzanella, ya en 1972, cuando Civita decidió constituir una sociedad de participación estatal, la *Papel Prensa*, que le permitiría llevar a cabo su proyecto de producir papel para periódicos. Un objetivo ambicioso que habría abastecido el país de un material que ya se compraba a precio alto en



los mercados internacionales. Una tal ambición ponía a Civita a la merced de los repentinos cambios políticos que caracterizaron los revueltos años 70 en Argentina. El regreso de Perón, en 1973, supuso, por un lado, la congelación de las financiaciones públicas y, por otro, un tupirse de las agitaciones sindicales en la misma imprenta de Abril. A raíz de ello, Civita decidió vender su cuota de *Papel Prensa* e intentó diversificar sus inversiones. La situación, sin embargo, se presentaba propicia para los nuevos especuladores como el banquero Graiver y el ministro Gelbard, los cuales, aun prosperando a la sombra de Isabelita, que sucedió a su marido tras la muerte de éste (1974), seguían manteniendo ambiguas relaciones con los *montoneros* y con los servicios secretos soviéticos. Graiver compró *Papel Prensa*, mientras que la situación se ponía cada vez más difícil para Cesare Civita que, en 1975, salió de Argentina, país que se había convertido en un auténtico campo de batalla en el que luchaban sin cuartel los montoneros, erpianos y parapoliciales.

Tras el golpe de estado de 1976, el editor, convencido de que el gobierno militar habría durado poco, volvió a Buenos Aires con la esperanza de poder retomar las riendas de su empresa. Pero el general Massera era contrario a la figura del editor puro, ansioso como estaba por controlar los medios de comunicación. En un clima político cada vez más violento y radicalizado, Abril terminó por constituir, por una parte, un codiciado “botín de guerra” por parte de los gobernantes; y, por otra, llegó a ser un blanco fácil para las reivindicaciones sindicales, que acusaban a la propiedad de no favorecer a los trabajadores, ni en las condiciones de trabajo, ni en las salariales. La familia misma de Cesare Civita vivió estas contradicciones: su yerno, Mario Hernández, marido de su hija Bárbara, de la cual divorciaría más tarde, militaba en el ERP y había transformado el apartamento que le donara su suegro en un centro de actividad clandestina, proporcionando así un ulterior pretexto a la extrema derecha filogubernamental para acusar a Civita de connivencia con la guerrilla y volviéndolo, además, blanco de sus ataques. En mayo de 1976, Mario Hernández fue secuestrado y asesinado; en julio, delante de la casa de Civita fueron depositadas unas octavillas en las que estaba escrito “Patria o muerte” y mediante las cuales le ordenaban que abandonara el país en el plazo de 48 horas, so pena de la muerte de toda su familia. Esta primera amenaza fue seguida del ametrallamiento de las ventanas de la casa del editor. A este punto, Civita decidió irse, no sin antes intentar vender la empresa, puesto que los militares se la pudieran expropiar alegando pretextos como el de “delito económico”. Todo el conjunto de estas circunstancias demostraba que, cuando Abril tuvo la posibilidad de aprovechar de las medidas que favorecían una industria nacional, tuvo que entrar en un “juego peligroso en el que varios poderes, así como intereses económicos y

políticos, luchaban violentamente” como observa la autora. La decadencia fue seguida de una total derrota, al unirse a estos poderes la fuerza de la ilegalidad.

En 1977 Abril se vendió por seis millones de dolares a CREA (Celulosa Rizzoli Empresas Asociadas). La compra demostraba que, en plena dictadura militar, la editorial italiana Rizzoli había conseguido entrar con prepotencia en el mercado argentino, gracias a una serie de apoyos políticos y relaciones mafiosas con personajes equívocos, cercanos al poder militar. Se trata, pues, de una página funesta de la historia italiana y argentina que Eugenia Scarzanella afronta con rigor histórico y copiosa documentación, adentrándose ágilmente por un recorrido tortuoso y reconstruyendo, con precisión de investigador, las urdididas tramas que componen el cuadro general. Del análisis crítico de aquella realidad aflora una congerie de personajes que llegarían a ser desdichadamente famosos en las aulas de los tribunales italianos, por haber obrado en el sistema financiero con gran desenvoltura y desprecio de las reglas, con la connivencia de sectores de la derecha subversiva, de los militares argentinos y de la criminalidad organizada. Todo empezó cuando los dos hermanos Rizzoli, Angelo y Alberto, herederos de la empresa que fundara su padre, decidieron comprar el diario milanés *Il Corriere della Sera* y entrar en el mercado editorial argentino. Para ello, la editorial Rizzoli contrajo una deuda onerosa con el banquero Roberto Calvi, presidente del Banco Ambrosiano y, mediante él, con el IOR (*Istituto per le Opere Religiose*), esto es, el banco del Vaticano. Además de este ambiguo personaje, entró en el negocio, con un rol destacado, el muñidor masón Lucio Gelli, que se encargó de obtener las autorizaciones necesarias para que Rizzoli pudiera abrir cancha en el mercado argentino. El primer paso fue comprar el diario *Corriere degli Italiani*, que se publicaba en Buenos Aires, de propiedad de otro dudoso empresario italiano, Umberto Ortolani, el cual había logrado aprovechar de las beneficios económicos otorgados por el gobierno italiano en favor de la prensa italiana en el extranjero. Empero, la mala gestión de la Rizzoli y el uso desconsiderado del dinero condujo rápidamente a la quiebra de la empresa, a pesar de que corrieran en su ayuda tanto el régimen militar, sobre todo en la persona del general Massera, como Licio Gelli, el cual, como resultó en las actas judiciales, había creado una célula secreta, la P2, dentro de la misma masonería, con el objetivo de constituir un centro de poder oculto: en la logia estaban afiliados también Roberto Calvi y Michele Sindona, un financiero que había administrado ilegalmente enormes capitales y que estaba relacionado con la mafia. El proceso entablado en 1983 por la magistratura italiana por quiebra fraudulenta contra los hermanos Rizzoli terminó con la condena de los imputados. En 1984 los bienes de la editorial Rizzoli fueron liquidados, y CREA,



que había incorporado a Abril, fue cedida a la sociedad Exxel, la cual llevó a cabo la demolición de la empresa, poniendo en liquidación y malvendiendo los libros, las películas y el rico archivo fotográfico aún conservados en sus almacenes. En la fase conclusiva de su trabajo, Eugenia Scarzanella no propasa el objeto de su estudio, sino que, conduciéndonos hacia la actualidad, nos desvela un escenario en el que es posible percatarse de la irrupción, a nivel internacional, de la criminalidad organizada en el campo de la política y la economía. Un escenario inquietante, confirmado, en 1979, por el homicidio del intachable abogado Giorgio Ambrosoli (responsable de la liquidación de la *Banca Privata Italiana*, conectada con Calvi), matado por un asesino a sueldo llegado a tal propósito desde Estados Unidos por orden de Michele Sindona, y luego por las muertes violentas de Roberto Calvi (1982) y del mismo Michele Sindona (1986).

**Claudia Borri**